

D. INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 1,26-38.

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María.

El ángel, entrando a su presencia, dijo:

—Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita tú entre las mujeres.

Ella se turbó ante estas palabras, y se preguntaba qué saludo era aquél.

El ángel le dijo:

—No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel:

—¿Cómo será eso, pues no conozco varón?

El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios.

Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de su vejez, ha concebido un hijo, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible.

María contestó:

—Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.

Y el ángel se retiró.

MARÍA MODELO DE RENDICIÓN A DIOS

El relato de la Anunciación que se nos presenta en el Evangelio de hoy es, posiblemente, el más conocido de todos los textos evangélicos. Es un relato que podemos leerlo como una **«metáfora»** de toda nuestra realidad. Es claro que se trata de un relato mitificado que utiliza un lenguaje, en consonancia con las creencias de aquel tiempo, de que los seres celestes habitaban en un nivel superior e intervenían milagrosamente en la vida de los humanos.

Con este lenguaje, Lucas presenta a María como **«la mujer elegida»** para ser la madre del Hijo de Dios, subrayando aquellos aspectos que le parecen más relevantes: el saludo de parte de Dios, un **«saludo de alegría y de bendición»**; un mensaje de confianza, **«no temas»**; la presentación de la persona de Jesús como Mesías e Hijo de Dios, lo cual exigía que naciera sin concurso de varón, como una forma de señalar que **«es todo de Dios»**; el poder de Dios para quien **«no hay nada imposible»**; la docilidad de María, quien, ante Dios, **«se rinde y acepta sin reserva alguna su voluntad»**

Frente a los interrogantes que hoy podemos tener sobre el **«qué y cómo sucedió la Anunciación»**, ¿qué pudieron ver los ojos de María?, lo único importante para nosotros es **«la aceptación»** que hace de una muy especial acción de Dios para hacer posible la presencia en el mundo de **«Jesús»**, **«el Hombre lleno del Espíritu»**, **«el Hijo»**.

No cabe duda de que María fue un ser extraordinario. Aun siendo una persona normal la grandeza de su figura salta a la vista. Ella fue lo que fue, porque **«descubrió y vivió la realidad de Dios en ella»**. Hablar de la Inmaculada es tomar conciencia de que, en aquel ser humano, en María, **«hubo algo»**, en lo más hondo de su ser, que fue siempre **«limpio, puro, sin mancha alguna, inmaculado»**.

Pero lo verdaderamente importante es que, si hubo ese algo en María, como persona normal que fue, podemos tener la garantía de que ese algo también está en todos nosotros.

Es esa parte de nuestro ser que **«nada ni nadie puede manchar»**, es **«nuestro auténtico ser»**, es el tesoro escondido, la perla preciosa que hemos de descubrir. Y María puede ser ejemplo para ello, porque podemos seguir su trayectoria y podemos **«descubrir y vivir lo que ella descubrió y vivió»**.

A María la podemos concebir como **«metáfora de toda la humanidad»**. En este sentido María sería la parte visible en la que se manifiesta el Misterio invisible de Dios, un símbolo de la **«unidad humano-divina que somos todas las personas»**.

Diríamos que todos nosotros somos, pues, a la vez, María y el Hijo. **«María»** representa el **«proceso»** gestante que va a dar a luz la plenitud. **«El Hijo»** es la **«plenitud»** que abraza la vida, que ama por encima de todo. Al reconocernos como María, nos hacemos conscientes del **«anhelo que fluye a través de nosotros»** para ser cauces de la vida de Dios en nuestros quehaceres cotidianos. Y al reconocernos como Hijo, caemos en la cuenta de **«la plenitud que ya somos»**. Somos **«plenitud que percibimos la vida como proceso»**.

En cuanto plenitud que somos, los sentimientos que podemos percibir son: **«Gozo, Gracia, Bendición, Confianza, Fuerza...»** En cuanto proceso, estamos llamados a



vivir una **«actitud de aceptación y de rendición a Lo que es»**. María lo expresa perfectamente: **«Hágase en mí según tu Palabra»**, palabras que nos recuerdan las que más tarde dirá el propio Jesús: **«Que no se haga como yo quiero, sino como lo quieres Tú»**

Ante **«Dios»**, ante el **«Misterio de Lo que es»**, no cabe otra actitud que la **«rendición»**, la **«aceptación gozosa»**. Nuestro ego se rebela porque lo entiende como conformismo, pasividad o indiferencia. Pero, en realidad, a lo que **«el ego se resiste es a dejar de controlar»**. A pesar de que, en realidad, no controla nada, mantiene la ilusión de hacerlo.

La rendición, por el contrario, nos coloca en la **«senda de la sabiduría»**, **«nos reconcilia con Lo real»**, nos alinea con el momento presente... **«Se acaba la resistencia y la apropiación»** y es entonces cuando permitimos que la Sabiduría, que todo lo rige, pueda actuar a través de nosotros. Por eso, **«solo cuando nos rendimos a lo Real»**, sin que el ego se apropie de la acción, brotará la acción adecuada. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
8 de diciembre de 2019